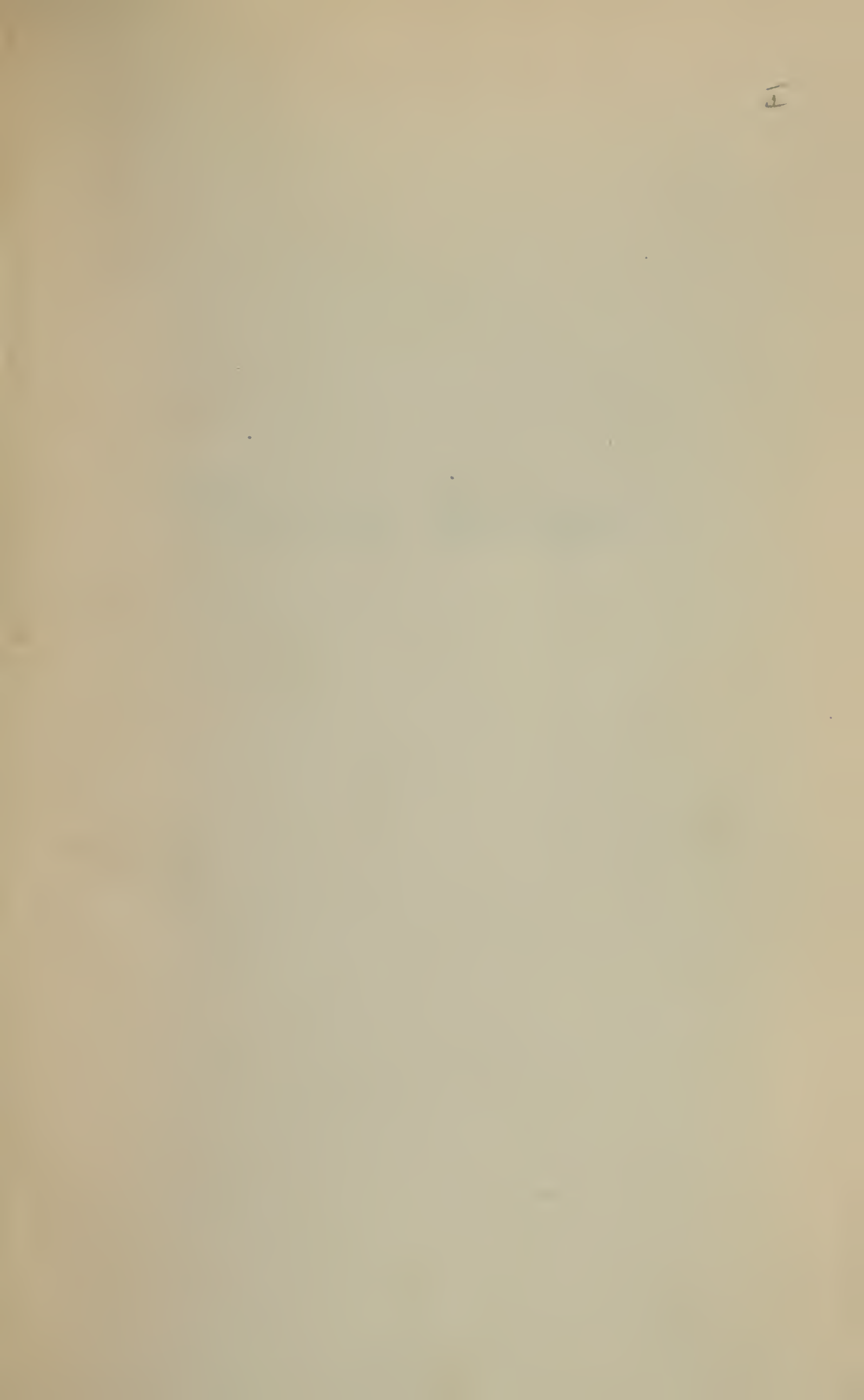

3 1761 07802896 6



Tierras Amigas

Oxford University Press
London Edinburgh Glasgow Copenhagen
New York Toronto Melbourne Cape Town
Bombay Calcutta Madras Shanghai
Humphrey Milford Publisher to the University

Tierras Amigas

Poesías

de

Fernando de Arteaga y Pereira



Oxford
Imprenta Clarendoniana
1922

PRINTED IN ENGLAND.

A

la venerada memoria de

JOSÉ MARÍA DE ARTEAGA
Y PEREIRA

HENRY BUTLER CLARKE

FREDERICK YORK POWELL



ME agrada, en la primavera,
con la escasa luz primera
que trae la incierta mañana,
abriendo la ancha ventana
mirar al campo y la era.

Escuchar del ave el trino
que previene al campesino
al dïurno laboreo
e invita al dulce paseo
por el callado camino.

Bajar al punto a la puerta,
encontrar ya al perro alerta,
que sin que su amo le llame
acude y la mano lame
sin solicitar oferta;

y pagando su alegría
sacarle en mi compañía,
para seguir, divertido,
su franco y claro ladrido
que va al encuentro del día.

Subir la senda escarpada,
ver la cumbre iluminada
de ya incipientes reflejos,
contrastando abajo, lejos,
las sombras de la hondonada;

y si fatiga la cuesta,
recobrarme en un instante
viendo al perro que, jadeante,
vuelve, a pedir una fiesta
para seguir adelante.

Ya en el alto caserío,
venturoso y solitario,
oir en concierto sombrío
las voces del campanario
y el rumor del hondo río.

Por fin de aquella jornada,
que ya me aclara el misterio
de mi vejez trabajada,
dar con la tapia arruinada
de olvidado cementerio;

y al tiempo en que el sol ya brilla
en losas, cruces y flores,
doblando allí la rodilla,
decir oración sencilla
sobre aquel mar de dolores.

Despertar de la congoja
sin saber cuando ni como,
viendo al can que se acongoja
sacando la lengua roja
y arqueando el rabo en el lomo;

y escuchando su voz fiel,
él delante, y yo tras él,
dar la vuelta cuesta abajo,
pronto a seguir el trabajo,
o a dar a Dios cuenta de él.

Recuerdo de un paseo a Leafield,
Cumnor Hill.

El gran robo !

EN la ciudad de . . . (Aquí puntos.)
Siglo veinte, y algo más.
Por ante mí el Juez Supremo
de la Razón Imparcial,
comparece el Padre Cobos,
campanero y sacristán,
y en el nombre de la Santa
Iglesia . . . (Aquí lo demás.)
declara lo que se sigue :
Que de varios años ha
se venía ya observando,
por quien lo debe observar,
que se robaba a la Iglesia,
su Señora y principal.
Que puesto el hecho en noticia
del Alguacil celestial,
la Policía del Cielo
pudo, al fin, averiguar
que ciertos hombres impíos,
y entre ellos muy de contar
casi todos los de ciencia

y otros que no tienen tal,
iban divulgando ‘ cosas ’
contra el dogma y la moral,
y hasta contra sus ministros,
con el fin que es de pensar.
Con que, pervirtiendo a muchos
que solían ayudar
a la Iglesia con sus dones
y acudían al altar,
si bien los dichos impíos
no se daban a robar
misal, casulla, patena,
ni cosas de uso vulgar,
robaban almas y cuerpos,
pues la gente ‘ no iba ya ’.
Por lo que, visto el perjuicio
hecho a la Divinidad,
suplicaba, y aun pedía,
a quien fuese autoridad
aprendiese a tales hombres
y los mandase juzgar.
Que esto era cuanto sabía
y tenía por verdad,
y en fe de ello lo firmaba
con la pluma de San Juan.

Decretó el Juez ‘ Pase a informe
del asesor La Verdad ’;
y vueltos luego los Autos
con el informe imparcial,

dijo y falló lo siguiente :
que es todo confidencial :

Que lo de 'no ir' era cierto,
pero 'en las causas' no hay tal,
pues hubo engaño y perjurio
de parte del sacristán.
Pero como, aun admitiéndolas,
quedaba el punto legal
de que el público era libre
y cristiano, y a pesar
'no iba', se requiriese
a Cobos el sacristán
para que ya él, ya la Iglesia
trajesen a declarar
a testigos fehacientes
del público en general
dándoseles la Cuaresma
para poderlos buscar.

Y como llegase el término
y esperase el Tribunal,
y nadie compareciese,
falló el Juez lo que se oirá :

'Considerados los Autos,
visto el parecer fiscal,
por no haber comparecencia
se declara "no ha lugar"
y archívese.'

Y despojado
ya de la ropa talar,
dijo en guasa al Escribano :
'Oiga usté, amigo Leal,
encierre esos papelotes
y no se hable de ellos más.
¡ Qué robo, ni que ocho cuartos,
cuando el pueblo es como el pan !
Buena está la Santa Iglesia
para dejarse robar !
Aquí, para entre los dos,
según viene a resultar,
los ladrones están dentro ;
si se van, la gente irá.'

La Casa de Caridad

HAY una casa que llaman
la Casa de Caridad ;
niños sin padre ni madre
me los recogen allá.
Les dan albergue y comida,
familia ¡ cómo han de dar !
ropa de otros y uniforme,
y '¡ vamos a trabajar !'
Si muere un pájaro gordo,
una velita les dan,
me los ponen en dos filas
y '¡ sigan quietos detrás !'

Si hace calor, se lo pasan ;
si hace frío, otro que tal
pues ellos van alumbrando,
y no se deben quejar.
Miran a un lado y al otro,
miran delante y atrás . . .
Los padres que a ellos les faltan
¡ sabe Dios dónde estarán !
Ya se despide el cortejo,
ya les dicen : ' Ea ! atrás !'
ya van como corderitos
que se asustan de balar.
A veces uno se cansa,
a veces se siente mal,
a veces se enferma y muere
de haber ido a un funeral.
Pero esas cosas ¿ qué importan ?
la cera es lo principal.
Si un niño se gasta, hay turnos
y otro ocupa su lugar.
Para eso son de la Casa,
¡ la Casa de Caridad !

¡ Que siga la procesión !

CUENTAN que allá, no sé dónde,
en tiempos de que sé yo,
para niños sordo-mudos
dió un local un bienhechor,
y que Municipio y Cura,
movidos de tal favor,
resolvieron celebrarlo
con solemne procesión.
Proclamóse por edictos,
hubo su misa y sermón,
colgaduras y cohetes,
y globo, que se quemó,
y a las cuatro, ¡ era verano !
entre mucha cera y sol,
los sordos y los que hablaban
dejan la plaza Mayor.
Ya te pasa el pregonero
redoblando el gran tambor,
y haciendo los saltimbanquis
chicos a su alrededor ;
ya te siguen las beatas
gangueando su oración,
el maestro, el boticario,
el albeitar y el doctor,
los ediles, y el Alcalde
debajo de aquel pendón,
el Clero de la Parroquia

cantando allí las de Dios,
y entre el Clero y la Custodia,
como niños del Señor,
los sordo-mudos, pobretes !
y murga que te crió.
Pararon todos de golpe,
porque se oyó el vozarrón
del Juez, diciendo : ' ¡ Orden ! ¡ Orden ! '
pues iba de arreglador,
y allí, ante sus propias barbas,
delante del mismo Dios,
y en medio de aquel silencio
que sudaba de calor,
un triste niño de teta
metió la pata mayor :
Y fué que, hallando al alcance
a un mudito bonachón,
le agarró la oreja, y dijo
en su lenguaje : ' ¡ Bo, bo ! '
Y como el mudo no hablaba,
por decir algo, se rió,
y luego los otros mudos,
y el clero, y el del pendón ;
y ninguno sabe el fin
de incidente tan atróz,
si el Juez no se encara, y dice :
'— ¡ Que siga la procesión ! '

Carta a mi querido hermano José María

TU carta recibí, de letra escueta,
española en tiesura y elegancia,
mezcla del hombre recto y del poeta,

y aspiré a su lectura la fragancia
del alma del que fué mi amigo y guía
desde el comienzo de mi inquieta infancia.

No brillaba en sus frases la alegría,
que no ríe la tierra despojada
de la cosecha que el verano envía,

y es hoy tu casa tierra desolada,
donde vive el recuerdo, no la vida,
de más de una hija buena, en flor segada;

mas tampoco brotaba de tu herida
esa queja que acusa y se rebela
porque no fué para alto fin nacida.

¡ No ! Tú vienes de lejos de esa escuela
en que el dolor se lleva trabajando
y en que se cae haciendo centinela.

Tú te formaste ya de niño, cuando
junto al cadáver de una dulce hermana
de rodillas caiste, sollozando,

y cuando con audacia soberana
sin saber aún como coger la pluma
ya escribías en rima castellana.

Yo recuerdo muy vagos, entre bruma,
los días de colegio, ya pasados
como pasan las olas con su espuma:

tú llevabas tus libros estudiados,
mientras todo mi orgullo consistía
en que los míos fuesen bien forrados.

Tú te recordarás como acudía
a interponer la autoridad suprema
de mamá contra tí, José María,

y como tú, con noble y santa flema,
le respondías: 'Él tiene los datos;
no le apoyes, mamá; que haga el problema.'

Pero trajo mi error días sensatos,
y al fin gusté a tu lado el noble gozo
de leer y argüir por largos ratos.

¡Qué inconsideración, mas qué alborozo
aquel discutir siempre, cielo y tierra,
cuando ni a tiros me apuntaba el bozo!

El matrimonio, el arte, Dios, la guerra,
todo, y todo a la vez, como entre ruínas
divaga el hombre que perdido yerra.

¿ Y no sabes por qué ? ¿ No lo adivinas ?
Porque éramos el siglo, el viento suelto,
que silba y arrebata en las esquinas !

¡ Cuantas veces, cual yo, no habrás tú vuelto
la vista hacia aquel tiempo desbordado
en que el bien con el mal iba revuelto !

En que el abrazo inícuo, a traición dado,
de pueblo soez a indisciplina abierta
acababa con pueblo y con soldado,

y en que una sociedad medio despierta
a un peligro cobarde y consentido
se estremecía al ruído de una puerta !

Nada duraba nada. Era el olvido
del día, envolviendo a la virtud austera
y al crimen nacional, de iras seguido ;

era la calle, furia pasajera
que vendía los hechos del mañana
a aquel que más gritara o que más diera !

¿ Y qué quedó de su ambición insana ?
la centella del bien que en ella había
y que no apaga la tormenta vana ;

la nueva sociedad, no la que un día
creyeron fabricar los que la hicieron
sobre un papel, que al fin ella rompía.

De ese montón de cosas que ya fueron,
se levantan las sombras veneradas
de unos padres, que tanto nos quisieron.

¿No los ves, con las manos enlazadas,
decir que nos amemos sin medida
antes de que se acorten las jornadas?

Deja, pues, que obedezca de seguida
el mandato de un santo cementerio
ligando nuestra vida con su vida;

deja que a tí, desde este cautiverio,
vaya mi alma, como ave transitoria:
porque antes de caer en el misterio
es humano dejar una memoria.

Estudiantina

CUANDO la luna alta vela,
cual despierto centinela
del espacio sin medida,
y abajo yace dormida
la ya cansada ciudad,
la estudiantina revuelta,
por calles y plazas suelta,
con música y vocerío,
como las ondas de un río
desborda en la soledad.

‘ Niñas que en el frío lecho
con los brazos sobre el pecho
contásteis las horas muertas,
volved a soñar, despiertas,
antes que os pase la edad ;
abrid vuestros corazones
y dadnos los ricos dones,
en silencio y sin testigos,
que somos pobres mendigos,
sedientos de caridad.

‘ Vivimos años y años
de libros y de regaños,
de exámenes y de notas,
rompiendo pares de botas
y venga Universidad !
Dadnos siquiera un suspiro
que alegre nuestro retiro,
veréis que mansos nos vamos ;
mirad, señoras, que estamos
en suma necesidad.

‘ Abrid balcones y rejas ;
decid a esas madres viejas
que vuelvan atrás los días
y os cuenten las picardías
de su ida felicidad ;
y que, ya que ellas vivieron,
os dejen ser lo que fueron ;

que hay juventud, y hay vejeces,
que las dos quieren sus veces,
y debe haber igualdad.

'Que la vida es una prueba;
que el trabajo no se lleva
sin la esperanza bendita
que todo lo resucita;
que el amor sólo es verdad;
que al fin llegamos a menos,
y no consuela el ser buenos
si no se ven enlazados
en otros tiempos pasados
el amor y la bondad.

'Madres y niñas bonitas
que les dáis las limosnitas
a estos pobres estudiantes
que tristes vinieron antes,
con Dios y el Amor quedad:
¡Mañana en las aulas frías
de aquellas casas vacías
nuestras míseras lecciones
serán nuestras oraciones
por vuestra benignidad!'

EN las tardes del otoño,
cuando cae con la hoja el día,
cuando viento y lluvia baten
los cristales a porfía,
y se agranda todo en sombras
con las llamas del hogar,
con los ojos en el fuego
y el pensamiento lejano,
con el libro de la vida
ya caído de la mano,
pienso yo en mis pobres hojas,
que Dios sabe donde están!

Pienso yo en aquellos días
de mi casa y de la escuela,
de juegos y de amistades,
de los cuentos de la abuela,
llenos de agradables miedos
que impedían el dormir;
pienso yo en aquellos sueños
que jamás fueron verdades,
más hermosos todavía
porque no eran realidades
y engañaban a esperanzas
que alegraban el vivir!

Pienso yo en aquel deseo,
triste, agradable y sentido,

de pequeñeces creado
y de repente sentido;
pienso en el hombre formado
del pobre niño de ayer,
que hizo olvidado al amigo
y al libro de clase seco,
y cual del cuerpo la sombra,
y cual de la voz el eco,
vivió de vida prestada
del nombre de una mujer!

Pienso, en fin, en padres idos
sin ser lo bastante amados,
en nombres que no responden,
en tiempos, ¡ay! ya pasados,
y al fuego que arde le pido
que reviva, y me los dé . .!
Y la llama que se apaga,
y la ceniza que deja
decrecen, se enfrían, callan;
porque es la vida hoja vieja,
y ¡cuando llega su otoño
no tiene segunda vez!

El entierro del General

FRENTE al portal del cuarte
hay mucha gente parada,
mirando un trapo que cuelga
de lo alto de una ventana.
El trapo es una bandera,
querida y a media asta ;
roja y amarilla, alegre,
aunque tristeza señala.

Junto al portal del cuartel
una garita hay plantada,
la centinela va y viene ;
detrás, tendida la guardia :
oficial espada en mano,
en el puño negra gasa,
los soldados vista al frente
y armas a la funerala.

Más adentro suenan ya
los tambores destemplados,
con rumor de algo que viene,
que viene marcando el paso :
unas veces, los redobles,
otras, clericales cantos,
luego paso lento y firme,
después, pisar de caballos.

Cuando todo está ya cerca,
se oye fuera voz de mando,

y al muerto le hacen sus vivos
los honores del soldado;
y la llama de los cirios
y el olor que sube al alto
hacen agolpar la gente
y apartarla al poco rato.

Ocho enlutados caballos,
con plumeros y gualdrapas,
en solemne gallardia
de cubierto armón arrastran,
y encima de él balancea
miserable, estrecha caja,
donde hay puesto por respeto
un bastón que ya no manda.

Conforme aquello que llevan
se abre camino en las almas,
sombrero o gorra se quitan,
la gente una a otra se habla;
y como los niños quieren
'ver al general que pasa',
en los brazos o en los hombros
cuanto pueden los levantan.

Y pasa el que no se vé
muy despacio, muy despacio,
porque hay que dar tiempo al tiempo
del que va a ser enterrado;

y detrás de aquella ruína
sigue el mundo, paso a paso,
con uniformes y música,
sin dar vida, pero honrando.

Batallones con bandera,
fuerte escolta de a caballo,
cuatro piezas con sus tiros
cierran aquel espectáculo,
y a lo largo de las calles
que sigue el fúnebre tránsito
en balcones y ventanas
quieren todos presenciarlo.

Así el muerto y el cortejo
en el cementerio paran,
a cuya puerta ya espera
clerecía con cruz alta,
y cuatro hombros bienhechores
toman en peso la caja
que oye un responso en el suelo
de la capilla cercana.

Con el 'adios' de la Iglesia
llevan aquello a una zanja,
donde, al dejarle en la tierra,
de la tierra lo separan.
Después quedan por encima
silencio, recuerdos, lágrimas,
a que dispersa el estruendo
y el humo de las descargas.

Camino del cementerio
van volviendo los soldados,
con música por delante
que vaya alegría dando;
y alegrando a los que tocan
forma un tropel de muchachos:
unos hacen volatines,
otros van serios marchando.

Conforme pasa la tropa
la gente se va agolpando;
quien, sabe de donde viene,
quien, se pára a preguntarlo.
Donde van es al cuartel,
en la ventana hay un palo;
la centinela va y viene,
¡la bandera la han quitado!

¿QUÉ hacen esas pobres
chicas de los campos
en sus horas muertas
después del trabajo?

¿A quiénes visitan,
siempre entre paredes,
sin ver más que cielo,
monte y campos verdes?

¿Para qué se visten
los días de fiesta
si al volver de misa
no hay más que 'la puerta'?

Nosotras, al menos,
aquí en las ciudades
tenemos las tiendas,
atracciones, bailes;

y hasta la más pobre,
mal vestida y fea,
con sonreirle a alguno
se gana el cinema.

¡ Pobres lugareñas . . . !
Decid que las traigan,
que vean el mundo . . .
Porque . . . ¡ estarse en casa . . . !

CRUZA despacio la desierta plaza
en donde se levanta antigua iglesia
lujoso coche con escudo de armas
que al compás de los muelles se cimbrea.

El pobre que rezaba su rosario
junto al alto portal de negra piedra
a rumor cadencioso alza la vista
y mueve, murmurando, la cabeza.

Al mandato de niña en rico traje,
afeitado lacayo de librea
al parar de los dóciles caballos
abre con rigidez la portezuela,

y al cerrarla otra vez, mientras el pobre
santiguándose besa la moneda,
una muñeca en brazos de una niña
sonríe al lento paso de las ruedas.

SOL de España y de agosto, seco, ardiente,
en una plaza sucia y polvorosa
convoca ya a la gente rumorosa
al rededor del caño de una fuente.

Allí el cochero, seco e insolente,
y la muchacha esquiva o ruborosa,
y el granuja y la vieja temblorosa
y hasta el burro panzudo y reverente.

Y cuando más se rompen la cabeza,
sobre si 'esta es mi vez', o 'a mí me toca',
se presenta un soldado de uniforme,

aparta a todo Dios con quien tropieza,
mama del caño, límpiase la boca;
mira, se marcha . . . y todo tan conforme

EN el reloj de la desierta plaza
da la una de la noche un golpe seco
que resuena un instante, y va a perderse
a la luz de un farol, ya macilento.
Ruedas que vienen lentas, y parecen
volver atrás, o voltëar con miedo,

traen un coche nocturno, que se pára
al pié de un casuchón de mal aspecto.
Un balcón se abre arriba, y alguien mira ;
sin cuidar de cerrarlo se entran dentro,
y tras un rato incierto se oye abajo
de una llave en la puerta el forcejeo.
Palabras pocas, dichas en voz baja,
preceden a unos pasos, torpes, lentos,
que ya escalera arriba van en busca
de no sé qué que el coche aguarda dentro.
Al rumor que el caballo con el casco
hace impaciente en el sonoro suelo
en hombros aparece por la puerta
algo que ya no volverá, y va lejos.
Y al partir una vida para otra
y cerrarse una puerta quedo, quedo,
como grito que viene de otro mundo
se oye el aullido aterrador de un perro.

YO tengo así como un recuerdo vago
de la imagen de un Cristo,
que a la ida y a la vuelta del colegio
a veces contemplaba cuando niño.

Fijo en la esquina de tortuosa calle,
de antiguo caserón en pobre nicho,
bajo el enorme escudo acuartelado
tenía protección, y daba alivio.

En las tardes de invierno, a los reflejos
del sol poniente en los delgados vidrios,
parecía agrandarse su cabeza,
mirar . . . mirar . . ., con ojos expresivos ;

y en la callada noche, en la penumbra
que daba pobre y alto farolillo,
parecían sus brazos desclavarse,
tenderse al que pasaba por el sitio.

Yo crecí en su piedad, y en su respeto ;
pero pasaron tiempos, por antiguos,
y vinieron, con otros, otros hombres
que consigo trajeron otros niños ;

y, quitado al farol el triste aceite,
fuese con intención, o por descuido,
solo notó de día aquella imagen
algún curioso que mirarla quiso ;

y roto ya a pedradas el escudo,
alguno previsor, o compasivo,
la confundió en las salas de un Museo,
mientras llega un incendio, o el olvido,

Yo comprendo esa historia desgraciada
y culpo al Tiempo, solo al Tiempo, y digo :
'Un tiempo, AYER, le suprimió el aceite ;
otro tiempo, HOY, ha suprimido el Cristo ! '

UNA gitana sin nombre
va por una carretera,
diciendo buenas venturas,
aunque la suya no es buena.

Cogidito del mantón,
va detrás un gitanillo,
llora que te llorarás,
porque es muy largo el camino.

Porque es muy largo el camino
cantando va la gitana;
en las pisadas que deja
ya van cayendo las lágrimas.

A lo largo del camino
hay una casa de campo;
ninguno sale a mirar
porque es día de trabajo;

ninguno sale a mirar
sino una rosa amarilla
que trepa por una verja
y, si alguno pasa, mira.

La gitana que la vé
coge al gitanillo en brazos,
sin decirle que la quite
ya la tiene entre las manos.

Ya me lo pone en el suelo,
ya se han secado las lágrimas :
Lo que hay en la carretera
pertenece a aquel que pasa.

YA no hay castillo en Castilla,
ya han muerto perro y halcón,
porque ha subido el villano
y ha descendido el señor ;
y el sitio que, gorra en mano,
señalaban con temor
hoy lo enseñan en ruínas,
con mezcla de compasión.
Solo vive la memoria
de un tiempo, que ya pasó,
de poder y tiranía,
de esplendidez y valor ;
de ella queda un roto escudo
y uno que otro paredón
con una torre inclinada
que el tiempo desmoronó ;
y a su sombra solitaria,
por la noche, a media voz,
se hablan dos, también ya muertos,
la dama y el trovador.
Ya no hay castillo en Castilla,
ya no hay perro ni hay halcón :
quedan el lagarto, el cuervo
y el tiempo demoledor.

EN una noche de frío,
está en una esquina un ciego,
con un mal perrillo al lado
y aquel platillo en el suelo.

Ante el platillo del suelo
se para una mujer de 'esas',
de esas a quien llaman malas
otras que no son muy buenas.

Otras que no son muy buenas
han pasado sin dar nada;
ella deja en el platillo
parte del cuerpo y del alma;

deja también de limosna
dos golpecitos al perro;
¡se va pensando en cuando era . . .!
La sigue un hombre de 'esos'.

¡CÓMO te ilusionó, porque aun creías,
cómo te ilusionó la cita aquella
que en una carta, escrita a sangre fría,
te dió para el recinto de una iglesia!

¡Cómo acudiste, con amor mundano,
y traspasando ansiosa aquella puerta
entraste en el lugar en donde el mundo
acaba siempre, porque Dios empieza!

Tus pasos encontraron en lo oscuro
otros oscuros, de intención no recta,
y que, por darse de puntillas, tímidos,
tomaste por amor y reverencia.

La columna severa de una nave
prestó sombra y apoyo a dulces quejas,
y la lámpara enfrente de una Virgen
vió después, juntas, manos y promesas.

¡ Qué alegres, qué felices, qué románticas
fueron después, por días, esas fechas
en que caíste mientras te jactabas
de unir la religión a la novela !

Hoy el niño que llevas a una Virgen
para que de él se apiade y le defienda
te enseña que el amor entra en la casa,
y de la casa es cuando va a la glesia.

ANCHA sala colgada de tapices
y cuadros de familia en la pared ;
candelabros de plata repujada,
con amarilla cera a medio arder.

Una labrada arquilla de madera
y, en los cantos, histórico blasón ;
encima de ella vaso en rojo y oro,
con flores en que muere ya el color.

Negro reloj en la alta chimenea,
con péndulo que marca ir y venir ;
a un lado de él un abanico abierto,
al otro, un crucifijo de marfil.

Junto al fuego, en sitial de terciopelo,
lee la dueña el libro de oración :
nadie sabe si quiso o fué querida ;
vive allí sóla ; nunca se casó.

EN el frente de mi casa
había un balcón corrido ;
una mitad, era de ella,
la otra mitad era mío.

Entre balcón y balcón
había una reja grande,
y a uno y otro lado hablábamos
los domingos por las tardes.

Los domingos por las tardes
iba la gente a paseo ;
quien miraba sonreía,
veía claro el misterio.

Y yo y ella nos mirábamos,
sonreíamos también :
mi misterio estaba lejos ;
el suyo, para volver.

ANTE el altar, hincada de rodillas,
con largo velo blanco, sobre blanco,
joven, hermosa, sin saber qué es vida
va a hacer el sacrificio de sus años.

Voces de iglesia y armonías de órgano,
brillo de luces con incienso en alto
de cuando en cuando dan en el silencio
piedad, respeto, majestad al acto;

y retemblando en los pintados vidrios
parecen repetir en el espacio:
'Nosotros y lo nuestro somos grandes;
vosotros sois pequeños, humilláos.'

De rodillas en frio y duro suelo,
inmóviles también, detrás, debajo,
padres, amigas, conocidos, otros,
sollozan, oran, se distraen mirando.

El cabello tendido por ofrenda,
que ayer peinó el orgullo para encanto,
cae bajo la tijera del convento
que pide sacrificio, no boato.

Se abre una reja. Besos de una madre
despiden ya al cariño solitario.
Cierran; triunfó la Iglesia; pero el mundo,
el mundo pide lo que le han quitado.

NOCHE y silencio. En callejón estrecho
amarillenta luz se ve brillar,
que al paredón y torre de una iglesia
le da a un tiempo terror y majestad.

Del otro lado casuchones viejos
en línea tortüosa, desigual,
y en algo que parece ser esquina
alguien que acecha, y luego vuelve atrás.

Silencio y sombra. De repente pasos
que parecen temer hasta el pisar,
figura de mujer que corre a un pórtico
y deja algo, volviéndose a mirar.

Da la una en el reloj, como un testigo ;
huyen abajo como el que hizo un mal ;
ladra un perro a una sombra que se pierde ;
husmea a lo del pórtico. Se va.

PROFUNDA soledad, cielo sin luna ;
calleja estrecha, larga, solitaria ;
una casa con puerta medio abierta,
sobre ella un gran balcón, allí una palma.

Sale sin que la vean una sombra
a quien tampoco vieron cuando entraba,
se detiene, se vuelve ; le llamaron :
Oh ! dos palabras, solo dos palabras !

Tras de la sombra sale un perro ; cierran ;
no se oye ni un rumor, ni una pisada.
Se despereza el perro ; echa adelante :
Era ya tiempo de volver a casa !

EN la parte más alta de la aldea
está la iglesia, para que se vea ;
y a la parte que cae el presbiterio
está, junto a la iglesia, el cementerio.

La casa parroquial,
que tiene ante la puerta su rosal,
da frente a tumbas, lápidas y cruces,
donde de noche dicen que andan luces.

El cura no se acuesta muy temprano
porque es mucho el trabajo cotidiano,
y porque en esas luces, y oraciones,
halla de noche temas de sermones.

Si en el cuarto vé luz
el que a deshora pasa, hace la cruz ;
las luces, dicen, huyen por encanto,
y el cura ronca entonces como un santo.

Luego el domingo, en el sermón del día,
lloran los feligreses de alegría,
y con eso, y su toque de campana,
viven conforme a Dios media semana ;

y, en hecho de verdad,
aumenta en el lugar la caridad.

Al saberse esas cosas tan bonitas,
vuelve a haber por la noche lucecitas!

Égloga pastoril

HA caído ya la noche,
y las cansadas ovejas
dan los últîmos balidos
que del valle al monte van;
ya los pastores se juntan,
dejan zurrón y cayado,
mientras huelen los mastines
el sitio en que descansar.

Al abrigo de un ribazo,
se arma en silencio la hoguera;
sube entre chispas el humo
y de la leña el olor,
y a la redonda sentados
se pasa el manjar y el vino,
y se comienza el recuento
del día que ya pasó.

De cuando en cuando una risa
interrumpe las palabras,

o se echa, al descuido, un hueso
al mastín que está detrás ;
   y se oyen luego crujidos,
y en una enorme cabeza
se vé en el negro del ojo
la luz del fuego brillar.

   Se cuentan a sus chispazos
el cuento del lobo viejo,
el de la oveja perdida,
o algún desgraciado amor ;
   se canta la copla vieja,
o se improvisa la nueva,
y se dice el chiste torpe,
seguido del empujón.

   En tanto, el montuno lobo
que busca la débil presa,
aulla con voz lastimera
que hace a la oveja temblar ;
   y un pastor da al otro de ojo,
y algún mastín se levanta,
mientras las llamas subiendo
incendian la oscuridad.

ES tiempo de máscaras—un baile de máscaras;
martes, día aciago;
luces y bullicio—nadie se conoce:
¡ ese es el encanto!

Gritos a la puerta—máscaras que miran;
ya se armó el escándalo.
Total, no era nada—un dominó negro
del brazo de un diablo.

Ya suena la música—el baile comienza;
un minueto clásico;
al compás lentísimo—fantasma a la puerta:
un dominó blanco.

Busca con los ojos—con los ojos rojos,
los brazos cruzados;
los halló, son ellos—la pareja pasa;
pone allí las manos.

Caretas por tierra—una mujer grita;
el baile parado.
Voces y tumulto—tres máscaras, otras,
escalera abajo.

En la calle celos—súplicas e iras;
un pistoletazo.
Huyen el demonio—y el dominó negro:
¡ Sangre sobre blanco!

¡ Qué día aquel día de la primera comunión !

LA dispertaron muy de mañana,
y la vistieron toda de blanco ;
con velo y lirios en la cabeza
entró en la iglesia, fué a confesar ;
confesó juegos y tonterías,
la penitencia fueron estampas ;
dijo una Salve y un Padrenuestro,
con gozo y miedo llegó al altar.

Arrodillada junto a otras gentes
mayores que ella, de otros pecados,
recibió una hostia, blanca, muy blanca ;
la bendijeron, y se marchó.
¡ Con qué alegría besó a su madre !
La dieron dulces, la retrataron . . .
¿ Y la muñeca ? ¡ Lo supo todo !
¡ Cuánto la quiso ! ¡ Cómo jugó !

¡ Qué día aquel día
de la primera comunión !

AQUELLOS niños 'finos' de mi escuela,
que a mi casa venían a jugar,
¿qué habrá sido de ellos? ¿Se habrán muerto?
¿Vivirán todavía? ¿En dónde están?

Y aquellos otros, sucios y groseros,
con los cuales estaba yo reñido,
¿serán limpios, talvez, bien educados?
¿Quisiera yo hoy tenerlos por amigos?

Pero de aquellos nunca alegres, malos,
de aquellos, sí, quisiera yo saber.
¡Tendría una alegría si supiera
que viven y que son hombres de bien!

A UNA margen, caserío;
a la otra, la ciudad enfrente;
entre ambas ojo de puente,
por debajo estrecho río.

Arco de piedra sillar
y allí pidiendo una anciana;
debe ser ciudad cristiana
porque piden al entrar.

A la izquierda Colegiata,
con su campanil muy chico,
y por la calle un borrico,
un perro y una beata.

Se entra en la Calle Mayor:
un macho a una puerta atado;
ciego que canta, un lisiado
y un cura, gordo señor.

Hemos llegado ya al centro:
iglesia con soportales;
en las puertas laterales
pobres; también piden dentro.

Se va la calle estrechando,
y de una oscura calleja
sale una arrugada vieja
con su rosario, rezando.

A derecha el paredón
de un convento de ancha puerta;
tienden ropa en una huerta;
se acabó la población.

Mala cuesta que subir;
cruz de piedra, allí un mendigo:
Cristiana ciudad, lo digo;
piden también al salir.

CON la jarra en el costado,
y el brazo sobre la jarra,
llega al caño de la fuente,
y mira correr el agua,
que va cayendo al pilón
como una trenza delgada
igual a la trenza lisa
que a ella le cae por la espalda.
No se sabe en lo que piensa;
puede que no piense en nada,
y puede, también, que piense
en algo a mucha distancia.
Si llega alguno a la fuente
y viene con sed de agua,
llenará, y se la dará,
sin contestarle palabra;
y si el tal gracias le da
le dirá: 'No hay de que darlas',
tirará el agua que quede,
llenará otra vez, y basta.
No le ofrezcan compañía,
pues ella con sus piés anda,
y palabras sólo escucha
las que le digan en casa;
no rueguen, que no es imagen;
no insistan, porque amenaza;

y, sobre todo, no toquen,
porque entonces, sólo en chanza,
romperá la jarra en donde
haga sangre ; y luego, ¡ a casa !

ERA en la alta noche ;
¿ cuándo ?, no recuerdo.
No sé si dormía
o estaba despierto,
vi una sombra blanca
en medio de negro.
Por ojos tenía
resplandor incierto,
dió sobre mis ojos,
no me daba miedo.

'¡ Madre ! ' dije entonces ;
no me respondieron ;
se movió lo blanco,
fué retrocediendo.

Cada vez más pálidos,
cada vez más lejos,
los dos resplandores
uno sólo fueron ;
luego ese uno, un punto,
y el punto un recuerdo.

‘ Madre ! ’ Sombra el punto.
Debió estar muy lejos :
Quizá aun vaya andando ;
¡ tal vez se esté quieto !

LLANURAS que se pierden,
o montes que no acaban ;
castillo, aquí, de moros,
ermita allí, arruinada.
Un río con praderas,
o un barranco sin agua ;
olor a trigo, a frutas,
o a ajos, a seco, a cabras.
Caminos de carreta,
con alguno que canta,
camino real, con coche,
polvo o barro ; dos guardias.
Un pueblo miserable,
con más gallinas que almas ;
una ciudad antigua,
con más templos que casas ;
ni dos casas iguales,
ni calle recta o ancha,
ni uno que tenga prisa,
ni que despacio vaya.
Mendigos rotos, sucios,
que rezan o amenazan,

un corrillo de ciego,
coplas que no se pagan ;
dos que hablan a una reja,
un grito, dos navajas ;
gente que va a los toros,
repique de campanas ;
un viático en la calle,
y uno que jura y pasa ;
chiquillos a las puertas,
perros que siempre ladran.
Los extremos en todo,
risa o llanto por nada,
y dos cosas muy nuestras :
el 'no importa', el 'mañana'.
  Encima de todo eso
a veces agua y agua,
las más, azul y oro :
¡ Estamos en España !

ERA la fiesta del Corpus,
 que es el cuerpo del Señor ;
misa mayor en el pueblo,
y a la tarde procesión.

¿ Podría ir ella a la misa ?
El médico dijo : 'No ;
a las ciegas viejecitas
siempre las dispensa Dios.'

Y la procesión, ¿podría
verla ella la procesión?
'De detrás de los cristales,
bien tapada, ¿por qué no?'

La dieron unas sopitas
para que entrase en calor,
la vistieron con cuidado,
la pusieron su mantón;
pegadito a los cristales,
con su almohada, un gran sillón:
la calle allí, a piso llano;
ya se sentía el rumor.

¡Qué procesión tan bonita!
Toda, todita la vió:
preguntaba, la decían,
y ella veía. Sí, señor!

Oyó, al fin, cantos de iglesia,
sintió de incienso el olor;
le dijeron: 'Pasa el palio',
rezó y dijo: '¡Se acabó!'

¡Y se acabó al otro día!
Pero aquella tarde, oh!
¡Estuvo tan bien! Y, claro,
¡debido a la procesión!

LUZ de tarde de estío, que se pierde
detrás de antigua iglesia,
que se alza en medio de desierta plaza
de una mísera aldea.

Caño de agua que fluye silenciosa
y rebota en la piedra
de una fuente, guardada por cuatro ángeles,
y en el remate cruz, sin Cristo en ella.

Una chiquilla escuálida, descalza,
acude con un cántaro, lo llena;
se va cantando un canto lento, extraño,
parecido a la noche, que se acerca.

La pára un caminante viejo y hosco,
el cántaro le coge, se refresca.
No da las gracias; sigue su camino,
y se santigua ante la cruz de piedra.

LA sacaron un día en que nevaba
a espesos, grandes copos, sin parar,
de esos que, entre piedad de cielo y tierra,
quiere poner, y pone, el huracán.

Yo vi a la nieve, blanca e insensible
disputarle hasta el paso al ataud,
cuando lo que iba dentro no aguardaba
honras o triunfos, sino al fin quietud.

Y vi a hombres pagados para cosas
en que ellos no tenían interés
resistir la inclemencia sin murmullo,
hasta darle a la tierra lo que fué.

El cuerpo que enterraron se ha deshecho;
ellos, . . . ellos, ¡ quién sabe dónde están!

¿Por qué, sin olvidar a lo que quise,
pienso en los que no quise ni vi más?

A la memoria del que fué mi buen amigo, el gran pintor Benito Mercadé

UN hombre conocí muy triste y bueno,
nunca iba acompañado, siempre solo;
era un pintor que no pintó su historia:
¡ Era muy suya, para ser de otros!

No me cerró su casa día y noche,
ni me la abrió sin gozo o sin sonrisa,
pero guardé contra él, por mucho tiempo,
algo, y fué que jamás vino a la mía.

Un dolor le conté, me dió un consejo;
no lo seguí; dejé de visitarle.
Después por mucho tiempo fuí yo solo.
Le saludaba, a veces, en la calle.

Un día le estorbó mi madre al tiempo
y el dedo de la Muerte dijo: 'Basta.'
Y entonces, por primera vez, y última,
el triste, el bueno, el solo, entró en mi casa.

La vida me llevó a tierras lejanas;
supe un día noticias de otras tierras;
no me las daba él, pero eran suyas:
Había muerto diciendo: '¡ Qué tristeza!'

A la memoria del que fué mi buen amigo, el gran pintor Benito Mercadé

TENÍA en su mirada esa tristeza
que es atractiva, porque es noble y dulce,
y en la boca esa linea indibujable
de aquel que mereció, no obtuvo, y sufre.

Llevaba en la expresión la marca altiva
del que trató a la vida frente a frente,
y en las maneras y en el paso el sello
del que es uno y distinto en donde hay gentes.

Eran en él necesidad, no ornato,
color en la corbata y el pañuelo
y una pequeña flor, no llamativa,
que diesen tonos de arte a un traje quieto.

Lo demás de aquel hombre no se supo;
Arte o Amor encierran el misterio.
Él no lo dijo nunca, ni aun al libro
que fué en su soledad su compañero.

PASÉ por el camino de muy pocos andado,
sendero tal vez hecho para apartado amor;
vi una verja de hierro abierta y oxidada,
malezas sin camino, cerrada una mansión.

Y parecía todo no como eso que un dueño
descuida y abandona porque no vive allí,
sino como esas cosas que ya no tienen dueño,
y solas y sin nadie se cansan de vivir.

Pregunté a un campesino que por allí pasaba
a quién pertenecía tan triste posesión;
sacudió la cabeza y dijo: 'Hoy no es de nadie.
Una engañó aquí a un ciego, y el ciego la mató.

LA sobrina del cura
es una chica buena;
se levanta temprano,
y va a misa primera.
La modestia en los ojos,
la virtud en las acciones . . .
Si se quiere entrar monja,
el cura le da dote.

El sacristán del pueblo
es un muchacho bueno;
repica las campanas,
enciende candeleros.

No mira a las mujeres
así le den de palos . . .
Si quiere hacerse cura,
le pagan Seminario.

El Vicario es un hombre
que las sabe y las tañe:
Él conoce al dedillo
Mundo, Demonio y Carne;
pero el Señor ha dado
contra esos el remedio:
los varones, al púlpito,
las hembras, al convento.

Un día el buen Vicario
se les puso a la muerte;
mundo, demonio y carne
le acompañaron siempre:

El Mundo, la sobrina,
la Carne, el sacristán,
y el Demonio el cariño,
que le sacó del mal.

Cuando se puso bueno,
se fué quieto a la iglesia;
confesó, comulgó,
y a Dios pidió asistencia.
Y de lo hondo del pecho,
le habló una voz que dijo:
'¡Déjales que se casen
y tengan muchos hijos!'

—¿A quién espera en la calle
esa mujer con un niño?
— A un hombre que prometió,
pero que nada ha cumplido.

— ¿Y si no ha cumplido nada,
entonces, ¿por qué le espera?
— Por la salud de ese niño
que está esperando con ella!

— Los niños no ganan nada
con la noche y con el frío.
— Pueden ganar a su padre,
si todo no lo ha perdido.

Por la calle abajo vienen
un hombre y una mujer;
las dos mujeres se han visto,
la otra le hace seña a él.

Ya se van a la otra acera,
ya van seguidas de alguien,
las lágrimas por un lado,
el mantón por la otra parte.

Ya le llaman en voz alta
con nombres que oye la gente;
al que llaman y a quien no
dentro de un café se meten.

Sale un mozo de café :
¡ No quieren gritos afuera !
Viene uno de policía,
calle abajo se la llevan.

La mujer pide justicia,
el niño llora que llora . .
Dentro dice un sinvergüenza :
'Mozo, dos cafés y copas ! '

LA tarde va cayendo.
En medio del camino
una alta cruz, el Cristo
los brazos extendidos ;
bajo ellos, en el zócalo,
disputan dos mendigos,
y hay cartas, y dinero,
y humo de cigarrillos.
A lo lejos, la niebla
marca el curso del río ;
detrás torres de iglesias
sobre un cielo rojizo.

La tarde va cayendo.
En el silencio, un grito ;
huye un hombre, otro cae
los brazos extendidos.

¡ La cruz fué en otro tiempo
reposo y aún alivio
de gentes que iban a una
ciudad de peregrinos !

YA han dicho 'Ite, missa'. Las voces del órgano,
la luz de los cirios y el humo de incienso
se elevan y flotan en las altas naves;
muchos se santiguan y dejan el templo.

Siguiendo la llama de los ciriales
en manos de acólitos de rojo y de blanco,
van con ceremonia a la sacristía
dos capas pluviales y un misacantano.

La gente apiñada al pié de la puerta
se abre ya camino en la libre calle ;
dentro han empezado ya a matar las luces ;
se siente olor de humo con frescor de aire.

Dos viejas tardías, de largos rosarios,
con caras risueñas salen ya las últimas :
van cuchicheando de cosas de iglesia :
' ¡ Estaba muy guapo vestido de cura ! '

DESCALZA, poco a poco, y a altas horas,
temiendo hasta el crujir de la escalera,
baja a la puerta, y abre a quien la espera
y le coje las manos tembladoras.

Palabras y promesas seductoras,
en dulce tono y en gentil manera,
valen entonces una vida entera,
y son como la vida tentadoras.

Entonces el silencio voluptuoso
penetra el otro de la noche avara
y habla lo que no dicen labios quedos;

hasta que el tiempo llega cauteloso,
y en lo oscuro, y con honra, los separa
con un beso en las puntas de los dedos.

SOL y polvo en el aire y el camino,
y en un flaco rocín ya *Rocinante*,
un alto y seco caballero andante,
y un rechoncho escudero en su pollino.

Sin ventura y a pié, mas no mohino,
en opuesto sentido un caminante,
de aguileña nariz, vivo semblante,
entre soldado, poeta, y peregrino.

Ríese al ver aquellas cataduras,
y el hidalgo, fincado ya en la silla,
le enristra su lanzón al gran villano;

mas éste dice : ‘ Basta de aventuras ;
a la cárcel conmigo a Argamasilla,
soy Miguel de Cervantes, Castellano ! ’

ESPACIOS que la vista no define,
pero en cuanto define tierra seca;
tal cual mancha de verde polvoriento,
donde sin orden se levantan piedras.

Lejos una ciudad amurallada,
que parece derruida fortaleza,
a otro lado montañas, y en los picos
castillo moro, y águilas que vuelan.

Cabras que pastan sacudiendo el cuerno
o que miran al sol con impudencia
y junto a ellas, descalza y andrajosa,
una muchacha de cobrizas piernas.

Ya fija el ojo indiferente y frío,
ya reza andando, en manos la calceta:
mañana será madre, o una bruja;
criminal, o tal vez Santa Teresa.

SE levanta temprano todo el año,
va a trabajar a un campo, siempre lejos,
crëe cuando ha guardado la cosecha,
no confía en la gente, ni en el tiempo.

Canta cuando va y viene del trabajo,
o cuando rabia o no tiene dinero,
vive de hogar, guitarra, pan y vino,
se mata por amor, mata por celos.

Amigos, uno; conocidos, muchos;
tabaco que ofrecer, alegre genio;
si se lo buscan, sale con navaja,
da un golpe; va y se entrega. ¡ Ya está hecho !

Deja la iglesia a su mujer y al Cura,
él cree en Dios; se queja del Gobierno;
y cuando está en las últimas confiesa,
deja miedo y rencor, y: 'ahí queda eso!'

CLARA luz de luna llena
sobre montañas y campos,
carretera que blanquea
entre dos hileras de álamos.
En el silencio, a lo lejos,
pesadas ruedas de carro,
que van golpëando lentas
al compás de un triste canto;
en las bardas del camino
una verja hecha de palos,
junto a ella, esperando en pié,
una figura de blanco.

Del carro, que ya se acerca,
sale una voz; el caballo
la entiende, y se pára en seco;
salta ligero un muchacho.

Luego después solo se oyen
confundidos, sin ser bajos,
los susurros de dos voces,
ya juntos, ya entrecortados,
y de distancias lejanas
resuenan en el espacio
los ladridos de los perros
en caseríos y campos.

EN el portal de un pobre lugarejo
dos chiquillos, leyendo en un librejo,
siguiendo con los dedos de la mano
las sílabas de aquel Catón cristiano;
cerca, cacareando, una gallina,
mientras hace calceta una vecina.

Viniendo hacia el portal, por el sendero,
un jadëante perro perdiguero,
y algo detrás un cura regordete,
vestido de sotana, y con bonete;
a la espalda una bolsa bien repleta,
y en la derecha mano la escopeta.

Se quita su bonete el de sotana
porque toca a oraciones la campana;
y entonces los chiquillos infelices,
cerrando a toda prisa el silabario,
van y besan la mano a su Vicario,
que viene de cazar unas perdices.

LA luna era alta,
la noche serena;
el jardín sin nadie,
tú y yo en la escalera.
Música y luz dentro,
que venían fuera
a hallar el perfume
de las rosas frescas
que los rayos pálidos
tocaban apenas
al pasar callados
sobre tu cabeza;
y tus ojos fijos
en alguna estrella,
los míos en dudas,
clavados en tierra.
Noche en que, por tarde,
callaba la tierra,
y yo callé más,
sintiendo más que ella.
Noche única y última,
aun en mi alma impresa
por aquella mano
que casi sin fuerza
dió esa despedida
que no tiene lengua.

La luna es hoy alta,
la noche serena;
pero aquella noche
¡ ay ! ¡ quién la volviera !

EN aquel banco de piedra
que había frente a tu casa
me senté a pensar conmigo
en mis memorias pasadas;

y todo, y había mucho,
se encerraba en una historia,
de la que, para más pena,
separé dos tristes cosas:

que el banco, desde el balcón,
veía ayer a tu lado,
y hoy, a mis solas commigo,
miro al balcón, desde el banco.

LA oscuridad es la ausencia
de la hermosa luz del día;
la ausencia es la oscuridad
de una dulce compañía.

Por eso aquel que está a oscuras
vive en la tristeza y lejos,
y aquel que está ausente sufre
en lo oscuro del recuerdo.

Yo llamo en las altas noches
a la hermosa luz del día:
responde la oscuridad
de una dulce compañía.

UNA niña pobre
juega en una calle
con una muñeca
muy sucia y muy grande;

de pronto se enfada,
levanta la mano:
es que la muñeca
ha hecho algo muy malo.

La pone en la falda,
me le alza las ropas,
va a dar . . . Se avergüenza!
Pasaban dos monjas.

De las blancas cofias,
que parecen alas,
bajan dos sonrisas
de dos tristes caras;

y una manga informe
de la faldamenta
saca una medalla
para la muñeca.

La monja tenía
la mirada azul . . .
Tuvo una muñeca
en su juventud!

PASA cuando ya tarde el farolero
va matando en las calles los faroles
y los cómicos dejan los teatros,
y el café suelta los trasnochadores.

Unas veces se pára, como en duda,
otras sigue a alguien a quien no conoce;
luego se vuelve, a desandar lo andado,
huele donde no hay qué; oye, y no hay voces.

En plaza o callejuela solitarias
ladra o aulla, y va sin saber donde.
Todos le habéis llamado con dulzura:
es el último perro de la noche.

AL pié de alto caserón
de ancho escudo señorial,
donde lo roto y desierto
dicen bien la antigüedad,
a los últimos fulgores
de un sol que vino, y se va,
juegan después de la escuela
los muchachos de un lugar.

Corren y gritan alegres,
y aun aquel que no lo está
sin saber como ni cuando
se alegra, al fin, con mirar;
y cuando el cansancio pone
fin al correr y al gritar,
el silencio de otros tiempos
sale a ver por qué será.

En tanto el reloj de sol
que sobre el escudo está
contándole allí las horas
a las piedras que caerán,
cae poco a poco en la sombra
de la última claridad,
donde el incierto murciélago
empieza a revolotear.

Muere entonces el pasado,
que ya es piedra nada más,
y de él se cuentan consejas
al fuego de algún hogar;
y en ellas sueñan, con miedo
de aquel escudo feudal,
los niños que al día siguiente
a su sombra jugarán.

A LO largo del patio amurallado
pasea el centinela con el arma;
la pared de la cárcel en la noche
sus ladrillos simétricos levanta;

de arriba abajo reja sobre reja
y ventana detrás, sobre ventana,
ni una luz, ni una voz; que allí no viven:
allí purgan la pena de una falta.

De cuando en cuando da el reloj las horas,
o cuartos de hora que son siglos de ansia,
y un preso dice para sí en su celda:
'A estas horas estaba yo en mi casa.'

PLAZA de un lugar; a un lado
la Iglesia, a otro el Municipio,
y en los bajos de él, la Escuela
donde desasnan los chicos.
Sol de justicia en la plaza,
que echa de allí a todo Cristo;
atado a una reja, un burro,
su sombra al lado en el sitio.

Da el reloj de mediodía,
y se oyen risas y gritos,
tuerce el burro las orejas,
y van saliendo discípulos.
Uno se para a mirarlo,
otro le besa el hocico,

otro le coge la cola
y se hace de ella abanico;
y un cuarto, sin duda alguna
ya para mandar nacido,
se le monta encima, y '¡Arre!'
pero el burro se está fijo.

En esto sale el Maestro,
que es un señor muy pacífico,
y al ver que el burro no es libre,
vé que el '¡Arre!' no era lícito;
y diciendo: '¡Si está atado!'
de un trompis baja al chiquillo,
añadiendo: 'No seas burro;
que te pones en ridículo.'

Libre el burro de su carga,
da un rebuzno sostenido,
y 'el otro burro' se marcha,
al compás de los silbidos.

LO sacan a las doce de la noche
los mozos del café, porque está kurdo,
y ha armado una de vasos y botellas
que eran un atentado al órden público.

La soledad y el frío de la calle
cogen aquello y se lo llevan juntos,
y le hablan bajo al vino, que se enfría,
pero sigue en sus 'eses', porque es mucho.

Al fin una pared le pone puerta,
y el hombre mira, pero no hay ninguno,
y con un soliloquio, lleno de hipos,
se desahoga, y llama con el puño.

De la desierta esquina cruza entonces
la chica que vendía ‘ El Nuevo Mundo ’,
y le interroga tiritando ; luego
lo limpia, porque el vino siempre es sucio.

Llega un tranvía eléctrico ; lo pára ;
empuja al que parece un moribundo,
paga un billete, y grita a una luz lejos :
‘ Paseo de Colón ; no sabe el número.’

EL retrato que tenía
de alguno a quien yo quería
me miró con alegría
mientras su dueño vivió ;

hoy no me atrevo a tocarle
de su sitio, y al mirarle
¡ ya no consigo alegrarle
como me alegraba yo !

LA terrible negrura de la noche
enviando a la tierra su aguacero,
las calles reluciendo en agua y luces
entre que cruzan coches con estrépito;

junto a la esquina de un café que cierran
en la desierta plaza,
alguien vendiendo fósforos, ya húmedos,
al último viandante, que no pasa.

BAJÓ a media noche
al jardín, descalza;
por no hacer rüido,
ni aún respiraba.
Entre amor y miedo,
sus manos heladas
cogieron violetas
que en olor velaban,
y, así, perfumando
la oscuridad larga,
fué a tientas al cuarto,
las puso en la carta.
Con un dulce beso,
lleno de miradas,
la cerró, temiendo
que se le mustiaran,

y al poner la amante
cabeza en la almohada,
perfumes y sueños
hicieron alianza.

Flores del silencio,
llegaron ajadas;
perfumes de un día,
iban en las páginas.
De su última noche
no dijeron nada.
Venían de Ella.
Las besó en la carta.

CIELO azul que amarillea
al tocar el horizonte;
nubes de puesta de sol
perdiéndose en el gris noche;
a ambos lados del camino
hileras de antiguos robles
y en el largo claro entre ellos
libro en mano, un sacerdote.
Se para, mira a lo alto,
se ha oído en el aire un toque;
compungido el libro cierra,
y mano al bonete pone;
con la cabeza inclinada,
está largo tiempo inmóvil;
se santigua y cubre; sigue.
Cesó el toque de oraciones.

¡ 30 de Mayo !

HACE ya muchos años, ¡ tantos años
que entonces era niño y hoy soy viejo !
que en mi vida no había más que un día,
que yo esperaba ansioso un año entero.
Era ese día el día de mi Santo,
en un treinta de mayo, que aun recuerdo,
día de San Fernando, Rey de España,
y en que, por eso, no iba yo al colegio.
La víspera soñaba en los regalos,
antes del día estaba ya despierto,
me levantaba despertando a todos,
y mis padres me daban muchos besos ;
y luego, desdoblaba los regalos,
entre todos los que era el predilecto
la caja de soldados, que formaba
con estas mismas manos con que hoy tiemblo.
Unos hermanos, dos o tres amigos,
una gran comilona, caramelos,
muchas risas por nada . . . y se iba el día,
y por la noche el Santo traía el sueño.
Y al otro día una tristeza alegre ;
de seguro, castigo en el colegio,
y trescientos sesenta y cinco días
de esperar otro día, que hoy no ha vuelto.
Y digo que no ha vuelto, porque todo,
todo ha cambiado tanto con el tiempo,
que ya no tengo padres, ni otras cosas,
y hasta el Santo no baja. ¡ Está en el cielo !

SALEN primero risas, carcajadas,
y, en seguida, tras ellas,
corriendo en grupos que otros grupos forman,
las niñas de la escuela.

Y separada de ellas, pensativa,
solo consigo misma, y poco a poco,
otra niña : es la mala, o la distinta,
o la que muere pronto.

CORRE un rebullicio
por la clase toda,
el sol de verano,
que entra en gente moza ;

el maestro grita,
castiga a los díscolos,
pero el sol les dice :
‘ Reid, que sóis niños ! ’

Con el sol penetra
algo sofocante ;
ya no ve el maestro
ni el libro delante.

De pronto en la clase
hay un gran silencio ;
los niños se miran . . .
¡ Se durmió el Maestro !

YO canto de lejos
las tierras amigas;
si estuviera cerca,
las contemplaría:
Esa amiga España,
de azules celestes,
sol que inspira y ciega,
suelo oscuro, agreste;
en donde, si secan
ríos los veranos,
las frutas nos quitan
la sed de los labios.
Esa amiga España,
en donde el ser pobre
no es una desdicha,
ni aparta a los hombres;
en donde el que sufre
de cuerpo y de alma
ríe en compañía,
o, si sólo, canta;
en donde los hombres
que en dolor se duermen
sueñan, y con eso
despiertan alegres.

Esas son las tierras
que llevo yo dentro,
y saco en mis penas
para mi recreo.

Lejos de los ojos,
muy cerca del alma,
yo solo les digo:
' ¡ Oh, tierras de España ! '

A LA puerta severa y puntiaguda,
a que dan majestad filas de santos,
de aquella catedral, obra de siglos,
que tiene dentro siglos enterrados,
hay un pobre que espera, y que no pide,
ciego de vista y con rosario en mano,
que es la miseria humana, al pié del templo,
llamando quieta al corazón humano.

DE una hermanita pequeña
que de niño tuve yo,
solo recuerdo a un hermano
que cayó, llorando, un día,
sobre una camita fría
en que su hermana murió.

Pasaron años después,
no la piedad, que es humana;
y un cantar, como memoria,
dejó el hermano a la muerta,
siempre de nieve cubierta
en una tierra lejana.

A mí me toco olvidar
a la hermana que pasó,
y hoy escribir para un muerto
al hermano recordando ;
mas yo no caí llorando
sobre el lecho en que él murió.

LA luna da en una reja
que cae a una oscura calle ;
fuera, a los hierros, un hombre,
detrás, en lo blanco, alguien.
Son esas cosas de pueblo
que sabe Dios como nacen,
y que prefieren la noche
pues no las estorba nadie.
Fuera, palabras de ira,
son de los celos de un baile ;
dentro, explicaciones dulces,
mentiras que son verdades ;
y luego besos de paz,
en donde la guerra aun late,
y un punteo de guitarra
que los separa en el aire.
Lo blanco huye para adentro,
la guitarra viene avante ;
le dan el 'alto', y responde
que no se para por nadie.

Se oye el 'cra!', 'cra!', que hace a un tiempo
al valiente y al cobarde,
dos luces de acero fino
relumbran allí buscándose,
y entre entrecortadas voces
y un paso atrás o adelante
cae al suelo una guitarra
y se oye decir: '¡Ay, madre!'

Cierran muy quedo una reja,
empieza gente a asomarse . . .
Luego, pureza en la luna
y uno, de dos, en la calle.

UN murmullo de río en la noche tranquila,
en lo alto de la cuesta cipreses solitarios;
montón de casas viejas donde no se ven luces,
la torre de la iglesia en el centro velando.

Diez campanadas lentas que quedan en el aire
una por una, cóncavas, y llenan el espacio,
un hilo de sonidos que a lo lejos se pierde;
después, de entre cipreses, de un buho el triste canto.

Y encima, blanca, altísima la pasajera luna,
al par en luz y sombras fulgurante brillando
sobre un pueblo sin nombre, que, como un niño bueno,
se fué, sin hacer ruído, a la cama temprano.

LA ondulación estrecha
de la desierta calle, en sombra;
en el fondo la iglesia
alza su torre luminosa.

A una parte las tapias
de un convento; detrás arboles;
de otra un portal cerrado,
entre hojarasca escudo grande.

Balcón barreado encima,
enredadera por los hierros,
flores azules, dando
color, perfumes, al silencio.

LOS claustros de la iglesia
abren arcos y ojivas a un cuadrángulo
donde crece la hierba en torno a un pozo,
que la incuria y los tiempos han cegado.

De la garrucha, que gimió allá un día,
queda tan solo el miserable gancho,
y, oxidada en los hierros la veleta,
el viento no hace ya mover el gallo.

En las arcadas quedan los sepulcros
en las altas paredes empotrados,
pero la altura no ha salvado en ellos
coronas, mitras, espadones, brazos;

y en un rincón, acaso, el viajero
humilla allí, al tocarlos con el palo,
una estatua, o un grifo, o una piedra
que los siglos temieron en el alto.

YO iba de niño a una escuela
que estaba cerca de casa;
la hora bien me la decía
el toque de unas campanas:
eran de un viejo convento
de monjas de Santa Clara.

A las nueve menos cuarto,
toque de melancolía,
dos campanas alternando,
una mayor, otra chica:
tocaban cosas de monjas,
mezcladas con cosas mías.

Tocaban a ir ya metiendo
los libros en la cartera,
a obedecer a un criado,
y a llegar pronto a la escuela:
a ir a aprender con castigos,
y a hacerlo todo por fuerza.

Así las oí de niño,
con tristeza muchas veces ;
ahora, solo, es cuando entiendo
que para mí eran alegres :
¡ las monjas que las oían
son las que a mí me entristecen !

ESTE es el mensaje que
va lejos, a quien yo sé !

Sale de una triste vida,
como toda despedida
sale de aquello que fué ;
que fué, ¡ pero no se olvida !
Va lejos a quien yo sé !

Va a otra vida lastimera,
pero que, aun muriendo, espera
en una cosa que fué,
fué, ¡ para no ser como era !
Va lejos a quien yo sé !

Mensaje, si eres piadoso,
llévale lo más hermoso,
que es la esperanza . . . ¡ Que fué !
¡ Si lo esperado es hermoso,
se encuentra en donde yo sé !

Este es el mensaje que
va lejos, ¡ a quien yo sé !

23 de abril de 1616.

SOBRINA, ama, barbero, un pobre cura,
caballero del cielo, mas no andante,
y un Sancho refranero, mas constante,
despiden, en silencio, a una amargura.

Sobre una cama, yerta la figura
de un cansado y vencido caminante,
ajado desde el cuerpo hasta el semblante,
pero no en su divina vestidura.

Así dió fin, cautivo, el Ingenioso
a quien unió a los siglos con cadena
el genio de Cervantes compasivo;

pero al caer, a su vez, el gran coloso
¿quién soltó el eslabón de su gran pena
a Miguel de Cervantes, el cautivo?

CASCABELES cansados, en mitad de la noche,
rumor lento de ruedas que crujen a compás,
tres luces que en lo oscuro se abren, brillan, se agrandan:
Es el coche-correo en la cuesta real.

Corta el viento de invierno; aire y suelo son nieve;
un chasquido de látigo, la voz del mayoral:
esfuerzos, cabeceos, resoplidos hinchados,
vaho caliente, que luces hacen reverberar.

Ya está en lo alto del puerto ; de repente ¿ qué pasa ?
el tiro se estremece, ladea, se hace atrás :
dos bultos, dos tricornios ; luego dos carabinas :
la pareja de guardias ; en el suelo algo más.

Un cuchicheo sordo ; arriba abren la baca ;
ayudan luego en tierra ; suben algo. ¡ Ya está !
Duerme un mendigo helado el sueño de la muerte.
— '¡ Buenas noches !' — '¡ Buen viaje !' —
. . . ¡ Distancia . . . oscuridad !

A la memoria de los Hijos de la Gran Bretaña muertos en la guerra de 1914–1918 en defensa de la Humanidad

FUISTEIS ayer promesas de la vida,
y hoy sóis ¡ ay ! realidades enterradas,
miés que el tiempo agostó, sin ser cogida ;

y ni aun os queda, al fin de las jornadas,
el consuelo de patrias sepulturas,
pobres, sí, pero al cabo visitadas ;

pero habéis hecho vuestras las llanuras
de ajenos pueblos, defendiendo altivos
honra, justicia y libertad futuras,

y la Patria os vé ausentes, pero aun vivos,
vivos en el respeto y en la gloria,
por más que seáis despojos fugitivos.

¡ No, no veréis vosotros la victoria !
No la veréis, aunque la habéis traído,
y por siempre jamás, no transitoria.

¡ Levantáos que os llama su alarido,
y os tiende ya la mano el camarada
que os ayudó a vencer, y no ha caído !

¡ que os junta la bandera idolatrada,
insignia de un país de caballeros,
para llevaros a la Patria honrada !

¡ que aguardan ya imponentes los cruceros,
con disparos y flámulas a miles,
el honor de albergaros los primeros !

¡ Ved ya salir del agua los cantiles
de esa Isla noble, Reina de los mares,
porque es Madre de pechos varoniles !

¡ Ved ya allí, en pié, las gentes a millares,
que en vuestra lengua os dicen que han guardado
el calor y la fe de los hogares !

La madre abraza al hijo bien amado,
al esposo la esposa, el padre al niño,
y quien no tiene amigos, al soldado.

¡ Fluid en la gran ola de cariño,
e id al festín que familiar aguarda
en casa y mesa blancas como armiño !

Pero ya veo la pisada tarda
del que os perdió volverse entristecida
a un hogar que el recuerdo, solo, guarda.

A él llevarán la prenda recogida,
la última frase, la intención al menos,
los que os vieron sonreir al dar la vida,

en tanto que vosotros, como buenos,
reposáis lejos, confiando un día
en otros libres ya, por fin serenos.

Reposáis, sí; pero en la tumba fría
sóis centinelas vivas del sendero
que no cruzará ya la tiranía.

Allí, al pasar, se quitará el sombrero
o llevará a los ojos una mano
el inglés, el piadoso, el caballero,
quien tenga o lleve un átomo de humano.

UN valle; a través de él la via férrea,
a derecha un canal,
a izquierda larga línea de vallados
de una y otra heredad.

De simétricos postes telegráficos
suspendido ténue hilo trasmisor;
en él, posado con descaro inmenso.
un pájaro sin voz.

Por el agua la barca llena y lenta
que del sendero arrastra un animal;
mano al timón una mujer que fuma,
un perro husmea el humo que se va.

Entre el verde del pasto brilla el cuerno
de las ovejas, ricas de vellón,
y al pezón, de rodillas, los corderos
dan topes a la leche que aún quedó.

Se oye estruendo de ruedas y un silbido,
los juguetones huyen en tropel;
las madres pastan sin mover el ojo:
lo saben ya de niñas . . . ¡ Es el trén!

CIELO azul, sol que declina,
monte abajo, río al pié;
más allá pueblo e iglesia,
llano y llano, miés y miés.

Lenta esquila de ganado
sigue al silbo del pastor;
niebla que sube y se esparce;
suena el toque de Oración.

Con la luz que cae en sombras
al descanso un mundo va:
lejos, rumor, luces, vida . . .
Otro mundo, la Ciudad!

Aberystwyth.

A mi buen amigo el Dr. Goudy

¡ Noche !

ABRIR sólo y a tientas la ventana
en el silencio de la noche oscura
y sentir la invasión de la negrura,
repentina, imponente, soberana.

Alzar la vista, y contemplar lejana
pobre estrella perdida allá en la altura ;
recibir, como un beso, la frescura,
que es en la noche del silencio hermana.

Recoger poco a poco los sentidos,
cambiar el miedo en ansia penetrante
de un algo indefinible, y que es consuelo ;

¡ escuchar cual promesa los ladridos
del perro, que responde vigilante
al más leve rumor del vasto suelo !

En su casa de ' Strathmore ',
The Wyche,
Malvern.

A mi buen amigo el Dr. Goudy

Día.

DE la tierra la niebla se levanta,
en sombras y reflejos soñolienta :
por grados el espacio se acrecienta,
alto, lejano, inmenso, se adelanta.

Al soplo de la luz que se agiganta,
la voz del campanario el tiempo cuenta ;
sube del caserío al cielo lenta
cinta de humo, vacila, se quebranta.

¿ Qué se hizo de la noche presuntuosa
que amenazó con perpetuar su imperio,
y acorraló la gente y la alegría ?

Huyó vencida ; vedla, allá reposa ;
en brazos de la luz guarda el misterio :
Como al mal vence el bien, la venció el día.

En su casa de 'Strathmore',
The Wyche,
Malvern.

NIEVE y nieve en la vega dilatada,
nieve en el alto monte a ella vecino,
borrado a humano pié todo camino,
la soledad perdida en la nevada.

Del árbol en la rama desgajada,
mal cubierta del copo blanquecino,
el negro cuervo, seco y mortecino,
insolente graznando a tanta nada.

Y su eco repetido y enfadoso
convertido en dolor que vaga y gime
perdiéndose a lo lejos, valle abajo,

mientras la tierra, fuerte en su reposo,
olvidada del peso que la oprime,
germina lentamente por debajo.

Birmingham a Leamington.

El jardín del Arcipreste

VERDE césped, menudo y bien cuidado,
fresco placer del alma soñolienta,
se extiende hasta la cerca cenicienta
cubierta o rota a manchas de arbolado.

Tras el follaje, oscuro y apretado,
como misterio que los siglos cuenta,
la vieja catedral surge, y lamenta
al presente el olvido del pasado.

De las torres del alto campanario
se elevan las agujas tenebrosas
señalando a la tierra el alto cielo,

y el arcipreste reza en su breviario
por entre las palomas codiciosas
que se disputan graznas por el suelo.

Peterborough,
The Vineyard,
Jardín del Arcipreste W. H. Hutton.

SOL que ilumina ya, con luz de huída,
las tapias de ignorado villarejo
y el luto y el silencio de un cortejo
que, ante una puerta, aguarda una salida.

Al olor de la cera consumida,
canto de curas, con gangoso dejo,
y en hombros algo leve, usado y viejo,
llevado calle abajo de la vida.

De cuando en cuando, grave y misteriosa,
en el alto la voz de una campana
que a uno, donde eran pocos, ya recuerda ;

en la calle, antes triste y silenciosa,
los gritos de los viejos del mañana,
de los niños, que saltan a la cuerda.

Charlbury.

ERA una casa de campo
con huellas del tiempo antiguo;
con cerca de piedra y flores,
y altos árboles sombríos;
con perro que despertaba
a los pasos del camino.

Frente a la airosa ventana
a lo lejos ciudad y mar;
rumores que no llegaban
podíanse imaginar.
Más lejos, cielo y neblina;
¡ quién sabe qué más allá !

Luego que la noche quieta
lo borraba todo en sombra,
de cuando en cuando brillaban
las luces de una farola.
Lo que sus vueltas decían
¡ bien lo entendían las olas !

Y una noche la farola
brilló más en la negror,
y el toque de las campanas
despertó a la población:
era algo pidiendo tierra
y el mar diciéndole: 'No!'

A la mañana temprano
todo era hablar en voz baja,
era una historia del mar,
se veía sin contarla:
la orilla pedía sus hombres . . .
pero lo hecho, hecho estaba.

Y el mar era hermoso y bueno,
perro que lamía la mano;
era el mar de la ventana
de aquella casa de campo:
Lo que flotaba sobre él
lo ví, y no se me ha olvidado!

'Eversham',
Leopardstown (Irlanda),
viendo la farola de Kingstown.

A mi querido discipulo Harold Parks

LOS estudiantes se vienen,
los estudiantes se van;
solo quedan los maestros . . .
mientras pueden enseñar.

Cuando se llega a querer
al que enseña por un libro,
ya es hora de que se vaya
el estudiante que vino;

y cuando el maestro ha hecho un hombre
del que entró niño en la escuela,
se le llevan al amigo,
porque hacen falta hombres fuera.

Las clases son casas llenas
de gozo, que es desconsuelo:
¡ Si entráis en una vacía,
pensad en los que hubo dentro!

Corfe Castle

ENTRÉ en el gran patio,
de cesped cubierto,
del alto, hoy ya roto,
castillo de un tiempo,
y ante aquel despojo
me quité el sombrero,
¡ tal como en la calle
cuando pasa un muerto!

Subí poco a poco,
marcando el sendero
en vez de pisadas,
glorias que cayeron,
y vi de la cima
el valle y el pueblo
que, aun cambiados, eran
los mismos de un tiempo.

De la paz del sitio
al rumor salieron
dos mansas ovejas,
¡ por mansas no huyeron !
mientras de ventanas,
rendijas y huecos
graznando volaron
irritados cuervos.

Cual nube cubrían
el azul del cielo ;
iban, revolaban
con agrios lamentos.
Lo oí ; me decían :
' Márchate, extranjero ;
esto es el pasado ;
no es tuyo, ¡ que es nuestro ! '

En lo alto de Corfe Castle.

YA la tarde, corta y fría,
quita al campo la alegría,
y la luz que el cielo envía
es incierta y desigual ;
ya desciende del collado
el pastor con su ganado
que balando baja al prado
a beber del manantial.

Ya la luz tras de los pinos
va borrando los caminos,
y en el aire suenan trinos
de tal cual ave fugaz;
ya sonidos enmudecen,
y según las sombras crecen
las estrellas aparecen
a velar al mundo en paz.

De la aldea no lejana
ya la voz de la campana
a la gente comarcana
llama con lento tañer;
y de campos y vertientes
por caminos diferentes
vuelven a su hogar las gentes
a descansar y a querer.

Ya se cumplió la jornada:
sólo en la cuesta cansada,
cual fuerza desperdiciada
de una juventud que fué,
se ve solo y despacito
ir subiendo un viejecito,
tirando de un caballito
que veía, y ya no ve!

'Overstream',
Osmington Mills.

A la memoria de mi querido discipulo y amigo Arthur J. M. Hall

TENÍA en sus maneras y palabras
aquella cortedad
hija noble de poca fe en sí mismo
y de mucha, tal vez, en los demás.

Vino a mí, vacilando, como el tímido
que busca sin saber
la puerta no usual, desconocida,
donde haya alguno que le quiera bien ;

y mostró en su frecuencia y su silencio
que había hallado al fin
un sitio en que pasar horas y horas
sin tener que escuchar ni que decir.

Se fué, y tiempo después llegó un retrato
en traje militar :
Era el retrato aquel que cara a cara
nunca osó prometer, y menos dar ;

y ese retrato fué lo que la guerra
por reliquia dejó
del que llevaba en su apariencia el miedo,
dentro de sí, el valor.

Hoy, al mirar aquella cara triste,
tan noble, y tan miedosa de vivir,
me digo bajo : ' Lo llevaba escrito . . .
¡ Tenía que morir ! '

La tortüosa cinta del camino
ya a la última luz corre y blanquea
entre dos franjas de un oscuro verde
y vastos campos de rojiza tierra.

A una mano, en el borde, se levanta
puntiagudo pajar amarillento,
y allí, colgando de un saliente palo,
como un ahorcado para ejemplo, un cuervo.

Detrás el bosque de extendidos olmos,
con nidos de cornejas en sus picos,
forma negro abanico gigantesco
sobre horizonte en llamas encendido.

El nacarado cielo se oscurece
con el tranquilo manto de la noche,
y las cornejas graznadoras vuelven
a los nidos del olmo, allá en el bosque.

Las puntiagudas y flotantes alas
poco a poco se plegan y recogen
y sobre los mezquinos pequeñuelos
con maternal cuidado caen de golpe ;

y la rama se mueve imperceptible
mientras las secas, cariñosas voces
del amarillo pico, por lo bajo,
parecen del dormir las oraciones.

¡ Luego, allá en la negrura, algún graznido
tal vez la calma y el silencio rompe
cuando en la carretera el enfadoso,
nocturno paso del viandante se oye !

A mi querido discípulo y amigo
O. H. Goodwin

DE las trincheras vino el mensaje
en nobles versos de paz y amor :
Era el recuerdo que se levanta
cuando vé en torno desolación.

De una voz era que oí otros días,
y que en mi oído tuvo poder ;
que bajó luego del oído al alma,
dejando allí ecos cuando se fué.

Ecos de voces de un estudiante
que hizo al maestro cuando estudió,
pues no venían del libro seco,
sino del libro del corazón.

Ecos de voces de amigo joven
que iban a un viejo por amistad,
para decirle que, si hay edades,
la simpatía no tiene edad.

Ecos de un hombre que se formaba
por un camino que no se vé,
hablando poco, sintiendo mucho,
pensando recto y haciendo bien.

Hoy esas cosas, ya del pasado,
tienen aún nombre patria y hogar;
sí, pero fijos en las trincheras:
¡ La poesía no vuelve atrás!

La poesía mandó el mensaje,
llevaba el sello del genio en él;
traía el olvido suyo, no de otros,
frente a la muerte. Besé el papel.

POR entre las hojas,
que, cual rayos verdes,
largas, puntiagudas,
a lo ancho se extienden,
tallos verde-cera,
sinuosos y fuertes,
capullos de peónias
carmesí sostienen.

En unos el rojo
ya venció a lo verde,
en otros aun luchan
y ninguno vence;

y en otros, más bajos,
que apretados temen,
dice el verde fuera:
'¿Carmesí, te duermes?'

NO se dirá tu amigo el primer día,
ni reñirá, si hay vías de acomodo;
para él la parte es parte, el todo es todo,
suma y resta, y esa es su simpatía.

No irá nunca a pedirte ni alegría,
porque él odia al mendigo en cualquier modo;
pero aun ante la muerte o en el lodo
sellará con un chiste su hidalguía.

Si te invita a su casa o a su mesa,
será señal de que te cree honrado
y no le eres del todo indiferente;

cumple con él, mas no le hagas promesa;
fíale tu mujer, si eres casado,
que es inglés, muy inglés, pero es decente!

EN el confín del mar el sol ya puesto
tras rayas negras, rojas y amarillas
que el ojo humano hieren y detienen,
a un tiempo adioses, y promesas, é iras.

A sus piés la llanura de las aguas
que avanza roja, o verde, o plata, a trechos,
y rompe el tornasol de su olëaje
en espaciosa espuma de olor fresco.

Y enfrente de la orilla, vigilantes,
con dignidad sombría, las montañas
guardándole a la tierra, que ya duerme,
el límite que Dios puso a las aguas.

FRENTE al valladar de espinos
que ciñe la carretera
pendiente de verdes campos
que flores amarillean;

detrás hilera alta, oscura,
de árboles que el viento orëa
trayendo rumores de agua
que no se vé, mas refresca.

Más lejos, al fin del valle,
tal cual casa que blanquea
y humo azulado, disperso,
perdiéndose en las laderas;

montañas en sombra y luz,
cielo que se abre y aleja,
blancas, ténues, pocas nubes
y paz debajo y sobre ellas.

EN la cima del monte solitario
se alza el espectro del poder feudal,
castillo sin señor que lo defienda,
sin horca y sin villano a quien mandar.

La hiedra de los siglos trepadora
cubre pared y torre y ventanal,
y al posarse en la piedra, un tiempo dura,
el cuervo, sin querer, la hace rodar.

Y abajo en el terruño, donde un tiempo
las edades temblaron al pasar,
el descendiente del villano pisa
el polvo de un poder que pasó ya.

Ferrocarril, Cork-Dublin,
cerca de Limerick.

EN la árida altura
la roca así habló:
'¿Qué haré yo aquí sola,
dura como soy?'

Despertó la tierra,
vió la desnudez;
dijo a las hierbillas:
'Salid a crecer!'

Curiosas las flores
fueron a mirar:
y allí están: son tristes,
como el peñascal.

Ferrocarril, Cork-Dublin.

CAMPOS secos sin vallados,
pobre arboleda a los lados,
alto monte en el confín;
hilo de agua oscura y verde
que se pierde, que se pierde,
sin saber donde va a ir!

Arruinado caserío;
de un antiguo señorío
sólo rota torre en pié;
ni voz, ni camino, nada,
perdida hasta la pisada
de la gente que se fué!

Soledad no más y espacio;
muy despacio, muy despacio,
alta ave que errante va;
a su lastimero grito
el cielo azul, infinito,
perdiéndose en majestad!

Ferrocarril, Cork-Rosslare,
saliendo de la estación de Fermoy.

Lac d'Amour

CIELO de tarde que muere
sobre un círculo de montes;
todo alrededor del lago
colinas verdes y bosques;
sobre las aguas inquietas
ave que busca la noche.

Isla que sale del agua
como alma que viene a amar;
barca amarrada a la orilla
que sola esperando está;
rumor que a compás se mece
de ola que viene y se va.

Más lejos ecos de pasos
que concierta la intención;
rumor de risas y voces
que dejan silencio en pos;
¡ noche y palabras cayendo
en el lago del amor !

Cork.

POR entre unas casas viejas
despuntando un campanario,
abajo, en un solitario
ribazo, pocas ovejas.

Agua de río que pasa,
un ave que vuela sola,
y el rojo de una amapola
llenando una tierra rasa.

Por cima, la inmensidad
tanta pequeñez cubriendo;
sobre ella un cielo muriendo
que envía la oscuridad;

y en tanta quietud desierta
un tren, que entre humo y ruído
deja detrás un silbido
por honra a una aldea muerta.

Ferrocarril de Dublin a Cork,
aldea antes de Mallow.

Al amigo W. Chas. Cooke, desde su casa 'Vailima', cerca de Cork

EN el valle, una montaña,
en la montaña, un convento;
más alta que él, la oración
que desde allí sube al cielo.

Las celdas miran al valle,
desde ellas la monja mira,
vé las cosas de la tierra
en donde ella vivió un día.

Vé abajo, lejos, muy lejos,
el humo de los hogares
que en voces de azul le dicen
que allí hay niños con sus padres;

la blanca cinta del río
que va al mar, aunque a morir,
mientras ella es caudal de agua
humana, estancada allí.

Por la vereda del río
vé ir alejándose a dos . . .
¡ Ella sabía esas cosas,
dulces cosas del amor !

La campana del convento
llama entonces a rezar,
y la monja deja el mundo
por aquel mundo en que está.

La campana está muy alta,
y no la oyen allá lejos . . .
Más alta está la oración
que desde allí sube al cielo!

SOBRE aquel río ancho y manso
hay alto puente de piedra,
tan alto que al fluir del agua
parece irse alzando de ella.

A derecha, una pradera
con el ganado que pasta,
a izquierda, verde colina,
con casas rojas y blancas.

Sobre ellas, en cielo azul,
blanco humo de chimeneas;
le hace compás al subir
la espira de antigua iglesia.

Según va subiendo el humo,
toca a veces la campana;
las horas que dan arriba
se van temblando en el agua.

Desde el puente de Chester.

El Puente de los Suspiros
llaman a un puente en Venecia;
todos los puentes los tienen,
aunque ese nombre no tengan.

Suspiros del que está arriba
apoyado en el pretil,
pensando en un agua suya
por donde él no puede ir.

Suspiros de aquel que pasa
por debajo en barca alegre,
corriente abajo o arriba,
pero contra su corriente.

Suspiros, ¡ ay !, de imposibles,
se hallarán un día u otro
en donde todo se pierde,
que es donde se sabe todo;

pero aquellos que los dan
irán aquí separados:
Los separa un hecho, el puente . . .
Uno está arriba, otro abajo!

Puente de Chester,
desde abajo.

EN el rojizo, carcomido muro,
de nave lateral de antigua iglesia
se vé allá en un rincón, medio en la sombra,
lápida de blancura cenicienta.

Medio borradas la inscripción, el nombre
y, para más piedad, hasta la fecha,
sólo está fresca alrededor y airosa
la hojarasca de mármol, que aun da esencia.

En la repisa que corona el mármol
severo escudo de color se ostenta;
al pié de sus cuarteles hay dos palmas,
y en el crestón, de un ave la cabeza;

y a un lado del escudo, en la repisa,
puede ver aún, quien cuidadoso observa,
blanca mancha de mármol: Fué de un libro,
libro de rezo, que dejó allí huella.

Dicen que aquello es nicho de un guerrero,
muerto muy joven, conquistando tierras,
de quien la viuda fiel, por muchos años
honró, con rezos, la llorada ausencia;

hasta que un día, al ir, cual de costumbre,
a rezar, vieja ya, cayó allí muerta
al no encontrar el libro, que una mano
robó, fuera por crimen, o indigencia.

Catedral de Chester.

A mi querido y venerado amigo el Profesor W. P. Ker

AÑOS hace, señor, llamé a tu puerta
con esa mano tímida y dudosa
que va a buscar una esperanza incierta ;

una carta, sentida y amistosa,
era mi introducción a tus hogares ;
y como el peregrino que reposa

antes de aproximarse a los altares
a dejar la plegaria de su vía,
esperé allí. Aun no me eran familiares

ni aquella puerta, que se abrió tardía,
ni quien la abrió. Cerraron ; quedé dentro :
sentí impulsos de huir . . . Fué cobardía

del poco merecer, y fuí a tu encuentro :
cada vez más lejano está aquel día ;
cada vez se me grava más adentro.

En un cuarto en que ya la librería,
rebosando de estantes y de mesas,
por el suelo y por sillas se salía,

dos ojos vi brillar, como pavesas,
y levantarse, apenas encorvado,
un cortés viejo, de facciones tiesas :

calvo, rubiote, un tanto avellanado,
llevaba en sencillez, gracia y maneras,
al sabio, al cortesano y al soldado.

De una de mis cuantiosas faltriqueras
saqué un sobre de letra conocida
que encerraba palabras verdaderas,

y con la voz sumisa y recogida
que tiene la emoción, la dí. Leiste:
Como un reloj parado era mi vida.

Por aquellos renglones tú supiste
que yo, en cierta ciudad bien recibido,
aspiraba a más alto; y prometiste.

Pocas de las promesas se han cumplido
que hacen los hombres, sí; pero en mi caso
la culpa no fué tuya; mía ha sido:

Hoja marchita al viento del acaso,
yo he sido arrebatado por el viento
de hechos que me han salido a cada paso;

y de aquel afectuoso acogimiento
sólo quedó un recuerdo, que las horas
borraban a su paso turbulento.

Mas llegaron las iras vengadoras
de la Muerte, y la mano que ya un día
escribía palabras bienhechoras

cayó al lado de un lecho, inerte, fría,
para ser ya besada, no estrechada,
y enterrada en honor, que merecía.

Y, ¡ oh poder de la muerte, mal juzgada !
aquella mano nos juntó en la fosa,
y allí nuestra amistad quedó sellada :

Porque el bueno a quien cubren con la losa
no se muere del todo, y alza un bueno
que perpetúe su obra bondadosa ;

y aquel entierro, de ansia y dolor lleno,
fué la noche que trae la nueva aurora
y un día, si no alegre, más sereno.

Tu mano cariñosa y honradora,
tu palabra, en que nunca se oyó queja,
fué de entonces mi guía protectora.

Hay en una ciudad, docta por vieja,
un caserón con reja y torrëado,
con gran reloj solar a una calleja.

Alberga en sus misterios un dechado
de extraña y erudita compañía ;
ser de ella es ser un hombre señalado.

A sus misterios me llevaste un día,
a ver correr hospitalario vino,
chiste sobrio, silencio y cortesía ;

y esa tu invitación me abrió el camino
a otra amistad, como la ley derecha,
de un letrado ideal, muy alto y fino.

Vino después la memorable fecha
en que yo en competencia fuí vencido
y caí, mas con honra, de la brecha ;

tú restañaste el corazón herido,
y de entonces consuelo, honor, fortuna,
nada hay que de tí no haya recibido :

hasta las tortas, que sin falta alguna
llegan del Norte en Navidad, trayendo
tu dulzura escocesa en cada una.

¡ Qué abismo entre sus paces y el horrendo
combate de esta guerra, inicua y dura,
en que el bueno se agría combatiendo !

Una nación, soberbia en su cultura,
olvidó sus gloriosas tradiciones
de honor, artes, saber, literatura,

porque para ganar los corazones
y extender un imperio sólo había
ejércitos, y gases, y cañones ;

y haciendo de tratados tropelía
y de pueblos y gentes barreduras,
vertió en ellas el vino de su orgía ;

mientras bajo las ondas mal seguras
su cobarde y rïente submarino
iba contando el tiempo a las criaturas.

Y ciudades enteras al camino
del cielo levantaban ya los ojos,
pues cada zeppelin era un destino.

Muertes, incendios, ruínas y despojos,
desolaciones, nada parecía
bastarles a hombres ya de sangre rojos,

y fué tal la enemiga villanía,
que el Nuevo Mundo se indignó en los Andes,
y el ser neutral fué oprobio o cobardía!

¡ Ah, señor venerado! ¡ no me mandes
que olvide ese dolor, pues ya ha pasado,
por las presentes alegrías grandes!

pues si un gran resistir, y un gran soldado,
han traído, con gloria, un armisticio,
la Paz universal aun no ha llegado,

y aunque ya se la vé por un resquicio,
viene armada, y no exenta de otros males;
que no es toda contento y beneficio:

viene escoltada de iras o ideales,
a cuya sombra algunos turbulentos
solo rebuscan nombre y capitales,

y el aire, todo él resentimientos,
solo espera la chispa precursora
de la violencia, el luto y los lamentos.

Júntense, sí, de prisa y en buena hora,
los que tienen poder entre las gentes,
para evitar la malhadada hora;

y de tantos deseos diferentes
salgan los resplandores, sin las teas,
unidas las acciones y las mentes.

Ese es el noble fin que tú deseas;
y ¡ por aquel afecto, más que humano,
que me une a tí, señor, te doy la mano,
deseando que llegue, y que lo veas !

La Certosa

ME dijeron: 'Allá arriba,'
miré, siguiendo la mano,
y vi en confusión al lejos
murallas y campanarios;
tomé escarpado camino,
y con inseguro paso,
dejando debajo abismos,
llegué al abismo del alto.
Por un portal de madera,
de tejillas coronado,
donde lo roto y mohoso

eran intemperie y años,
llegué a un replano de piedra
con honores de descanso
donde daba un cobertizo
sombra al cuerpo, al alma espacios.
  De un portal de la muralla
llegué al llamador gastado,
con miedo, por si lo abrían,
por si no abrían, temblando,
y al leve, tímido golpe,
respondió ruído de algo
y de un manojo de llaves
una rechinó, y dió paso.
  Cerraron . . . ¡ Era otro mundo !
Un corredor solitario
guiaba a la única salida :
la oración, ¡ el templo santo !
Blancas caras, blancas ropas,
ojos vivos, aunque bajos,
manos en cruz, y entre ellas
libros abiertos temblando,
al resplandor de unas velas
en silencio solitario
mostraban hombres sin nombre,
por sus almas vigilando.

  Pisando como entre muertos,
de puntillas llegué al claustro,
donde un cielo azul y puro
daba luz a un ancho patio.

Una cruz puesta en el centro,
rica en fe, pobre en ornato,
y flores pocas y humildes,
sin ruído de agua, ni pájaros,
eran solaz a unas celdas
donde al monje solitario
silla y mesa, libro y cama
le daban vida y descanso.
  En un refectorio oscuro
colgaba antiguo retrato
de no sé que papa o rey
que hizo un día honor al claustro;
y como ya la campana,
clara y vibrante sonando,
llamaba a su amigo el monje
y despedía al extraño,
dí las gracias como supe
y sin rubor, ni aparato,
dejé una pobre limosna
en agradecidas manos,
y al verme fuera en mi mundo
como me dijo un portazo
que me dió miedo y piedad,
me dije a mí, comparando:
'Presente, ya sé como eres,
'que vuelvo a tí del Pasado!'

La Certosa,
  Italia.

Adiós del día. Vimereux

DE pechos me apoyé sobre el vallado
de la desierta y larga carretera,
cuando del rojo sol la luz postrera
daba otro día más por acabado.

Contemplé el verde, vario y dilatado,
de la ondulante, desigual pradera,
que contrastaba en plácida manera
la roja tierra, aun fresca del arado.

Camino de la cumbre, en el sendero
se alejaba el cansado campesino;
su canto en el silencio se perdía;

y a lo lejos, encima del otero,
las ya sombrías aspas de un molino
voltëaban lentas, despidiendo al día.

Vimereux,
Francia.

INDICE

PRINTED IN ENGLAND
AT THE OXFORD UNIVERSITY PRESS